LOS "SALZILLOS" EN LA CALLE.

José María de Cossío

La Semana Santa en Murcia es grave, austera, devota. Desfilan las procesiones entre el crepúsculo de noche, o en plena noche ya. La multitud se agolpa en las calles, respetuosa. Tan sólo hay una excepción: la procesión del Viernes Santo, la de los pasos de Salzillo, que sale por la mañana, a plena luz, y se recoge al medio día.

De las dos especies de desfiles religiosos que podemos señalar y distinguir en España, Murcia se inclina resueltamente a la propiamente procesional. Sevilla representa la tradición de las cofradías autónomas e independientes, que hacen su estación en la catedral, cada una por su cuenta, y que seguramente en tiempos viejos no obedecían a organización alguna, haciendo sus salidas conforme a su conveniencia. Valladolid puede representar el estilo opuesto, el del gran cortejo procesional, a cuya brillantez y devoción se supeditan todas las cofradías. Los dos criterios o costumbres vienen de algún tiempo a esta parte influyéndose mutuamente, y en Sevilla sale algún paso, a más del titular, en ciertas cofradías, y en Valladolid algunas cofradías hacen solas su estación, aunque luego concurran a la gran procesión del Viernes Santo.

La Semana Santa de Murcia se inclina resueltamente del lado de lo procesional, si bien puede notarse la tendencia a acentuar a autonomía de las cofradías, que por otra parte debe tener una tradición muy vieja. Pero la tendencia al cortejo procesional que se insinuaba se debe, más que a la costumbre religiosa, al hecho de poseer las cofradías pasos muy importantes y numerosos, y la cofradía sola constituir una procesión considerable. Pero sobre todo a la existencia de los Salzillos que forman en la procesión de Viernes Santo a que aludía.

Al pleno sol aparecen los extraordinarios pasos. No necesitan la iluminación artificial en la noche, ni crearse una atmosfera de misterio. Arrostran la luz del día, y el arte del gran escultor se nos ofrece directo, sin colaboración efectista alguna. Serenamente camina sobre sus andas San Juan, recogiéndose el manto con inigualable distinción, o la Verónica mostrando la Santa Faz con tan elegante ademán que si no hubiera habido otros modelos no se llamaría así una suerte de capa taurina, o la Dolorosa, una afligida Fuensantica de la Huerta, clásica y popular al mismo tiempo, concebida por el artista dentro de las reglas rigurosas del más depurado neoclasicismo y acentuada por la fuerza popular más inesperada. Porque me parece que lo característico de Salzillo fue precisamente poner ese acento y favor del pueblo en la plástica más rigurosa y en la exigencias más frías a que obligaba el ambiente artístico de la época. No parezca irreverente la comparación, pero al ver la esculturas de Salzillo pienso en la plaza de toros de Sevilla, cuya arquería tiene en su obligado rigor un acento popular que la salva de la frialdad y aristocratismo a que el arte neoclásico parece destinado. Y este efecto visual cobra explicación cuando sabemos que el canon riguroso de la arquitectura ha

sido tenido en cuenta tan sólo para lo que la apariencia tiene de viva, pero que en rigor, geométricamente, no cumple con tales reglas, y apena si hay dos arcos iguales en el dilatado conjunto. Así pienso que algo de barroquismo, y mucho de realismo castizo (si no es lo mismo), fue infundido en sus imágenes por el gran escultor murciano. Sin contar la gracia napolitana de su patria de origen, de la patria de su padre y maestro.

Así llega al pueblo que presencia el paso de la procesión todo el patetismo de su argumento, el del drama más desgarrador que ha conocido la humanidad. La procesión desfila, y tras alguno de los pasos ruedan sobre carritos las largas tubas, seguidas de los arcaicos tambores, que han de dar su son lúgubre en las paradas. Suenan las tubas destempladas, que es empresa tremenda la de llenar de aire el larguísimo instrumento, y redoblan los tambores con compás arcaico y lúgubre. Y así desfilan los pasos llevados en andas por los hombres de la huerta murciana, con sus calzones moriscos y sus medias repizcadas, y acompañados por la emoción de todo un pueblo.

(ABC. Madrid, 10 abril 1958)